

VAN BERG

INGENIERO

LIEGE.

Y añadió:

—Espero estar algunos días en el país.

A la mañana siguiente, llegó una carta al palacio de la Jouchere, con instrucciones para el guarda Bastien, cuyo resultado no tardaremos en conocer.

X

Van Berg á Isabel Robert.

Toury-les-Foins, 15 de junio.

«¡Dos días en la soledad! ¡Dos días! ¡Y sin recibir un solo recuerdo vuestro!

»Languidezco, y moriría de hastío si no tuviera para distraerme los tipos de los naturales de Toury, de mi posadero y de sus huéspedes.

»No os diré nada nuevo al aseguraros que me miran como á un advenedizo.

»A la verdad, debo parecerles un ser raro. Cuando salgo de la posada, bastante buena por el trato que en ella se recibe, las gentes salen á las puertas, las ventanas se abren, las caras rubias se dibujan en sus marcos y los ojos me siguen hasta que desaparezco entre los árboles.

»Llevo conmigo todo el equipaje de un pintor: bastón articulado que me sirve de silla,

aparato muy ingenioso mientras no se rompe; caballete y caja de colores. Voy cargado como uno de esos caldereros que andan por las aldeas remendando sartenes y cacerolas.

»Quizá es esta la causa de la curiosidad que inspiro y que, por lo demás, me tiene sin cuidado.

»El país, abstracción hecha de sus habitantes, es delicioso; no habíais exagerado nada.

»Estrechos valles, cubiertos de verdor y regados por arroyos que corren entre álamos y sauces; colinas cubiertas de grandes árboles, establos capaces de regocijar á los admiradores de van Marke y de Troyón; cabañas escondidas entre el follaje, costumbres sencillas y rústicas: no falta nada.

»¿Cuándo venís á embellecer estos sitios, que sin vos me parecen áridos como los arenales de Libia?

»Os espero con todo el impaciente anhelo de un corazón que os adora.

»Me habeis vuelto loco, realmente loco.

»No pienso más que en vuestros grandes ojos negros, en vuestro esbelto talle, en vuestras manos encantadoras y en vuestros labios purpurinos.

»Cuando pienso en vos, todo cuanto me rodea me parece grosero, salvaje, inculto y feo; desde el posadero hasta el recaudador de contribuciones.

»Estoy alojado como un nabah.

»Tengo dos habitaciones, una para mí, otra para la señora van Berg, esperada de un momento á otro.

»Ya conoceis á la divinidad que se oculta bajo ese nombre.

»¡Dichoso van Berg!

»Apresuraos. Mi deseo me llevaría á vuestro lado si tuviera poder para ello.

»*El Gallo Rojo*, que es un horrible caserón blanqueado como una vieja, se embellecerá gracias á vuestra presencia, con todas las esplendores de un palacio de hadas.

»¿No sois el hada del amor?

»Os amo, os deseo con todo el ardor volcánico del Vesubio y del Etna reunidos.

»J. VAN BERG.»

Isabel Robert á van Berg.

«Vuestra carta me ha producido un placer

extremo. Estoy detenida aquí por un contra-tiempo que no puede prolongarse mucho. ¿No es verdad que Toury es un país encantador? Ya me daréis noticias de vuestras excursiones.

»Estad tranquilo; no os olvida ni un instante,

»ISABEL.»

Luisa á Isabel.

«Todo marcha á las mil maravillas. Dentro de poco podré proporcionar al señor Papillot las armas necesarias para reducir á tu adversario y dejarlo como un guante.

»Tu amiga,

»LUISA.»

XI

La bonita población de Toury-les-Fonis, está, efectivamente, situada en un país muy variado, cubierto de bosques y de vides y cortado por sinuosos valles que ofrecen los sitios más poéticos.

Pero en cambio, está alejada de todos los centros populosos, y los habitantes son de una sencillez primitiva y desconfiados como buenos campesinos.

Isabel Robert los conocía bien.

Su madre posee, como hemos dicho, grandes posesiones á algunas leguas de allí, entre ellas la de la Jouchere.

Toury es un pueblo esencialmente agrícola.

Fuera del notario, el cobrador de contribuciones, el juez de paz, los gendarmes, el cura y dos ó tres comerciantes que venden á sus vecinos los artículos de primera necesidad, no

hay uno solo que no se ocupe en los trabajos de la tierra.

No quedaron más sorprendidos los habitantes de las islas Tongas por el desembarco del capitán Cook, que lo quedaron los habitantes de Toury por la llegada de van Berg.

Extrañó á todo el mundo la intrusión de aquel extranjero en un país en donde, á excepción de algunos comisionistas, nunca iban gentes extrañas.

¿A quién podía ocurrírsele la idea de refugiarse en aquel agujero, tan desconocido para los parisienses como el canal de Yucatán ó el trópico de Cáncer?

Solo los artistas podían hallar allí atractivos.

En ninguna parte se encuentran arroyos con más sombra, más rozagante verdor, aguas más límpidas y cabañas más bonitas.

Pero los paisajistas suelen acostumbrarse á ciertos sitios, y sólo en ellos hallan motivo para su inspiración.

Fuera del bosque de Fontainebleau, en donde pintan eternamente lo mismo; de una media docena de poblaciones legendarias, adonde emigran como aves de paso en ciertas épocas

del año, no se les ocurre explorar otras regiones en las cuales descubrirían fácilmente amplia colección de asuntos para sus obras.

Como decía van Berg, su presencia despertó en el más alto grado la curiosidad de los indígenas.

Desde que llegó al *Gallo Rojo* cargado con sus utensilios, aquellas buenas gentes salían á la única calle de Toury para verle.

En los primeros días de su voluntario destierro, entusiasmado con la belleza de los alrededores, paseaba por ellos con verdadero entusiasmo, y volvía á la posada cargado de apuntes que no carecían de valor, porque van Berg era buen ingeniero y artista de talento.

Pero, poco comunicativo, no enseñaba á nadie sus obras, ni aun á sus compañeros de mesa.

Pronto fué el objeto de todas las conversaciones en el pueblo.

¿Quién era?

¿De dónde venía?

¿Qué hacía?

¿Por qué en una nación tan grande como Francia, prefería aquel rincón desconocido?

El alcalde, antiguo granjero, más rico que

ilustrado, no tardó en verse solicitado por la común curiosidad. ¿No debía, en su calidad de magistrado, velar por la seguridad pública?

Indeciso con los informes de los gendarmes, á quienes el extranjero inspiraba sospechas, recibió oportunamente la visita de su mejor amigo, el guarda de la Jonchere.

Bastien le insinuó que había muchos espías en los campos: que por todas partes se veían hombres levantando planos para los alemanes, y que pululaban esta clase de gentes por todo el territorio.

No podía prendérselos sin pruebas; pero debía vigilarse mucho.

El alcalde manifestó con un gesto de inteligencia que comprendía la indicación y que cumpliría con su deber.

El guarda de la Jonchere volvió á sus penates después de haber sembrado la buena nueva en suelo fértil.

Desde aquel día, van Berg fué objeto de una vigilancia constante.

El rumor corrió, como un reguero de pólvora, por la población: todos sabían que los alrededores de Toury estaban llenos de espías que tomaban toda clase de datos acerca del país.

Van Berg, preocupado con sus amorosos proyectos, no pensaba más que en los encantos de Isabel; pero no daba un paso sin ser seguido por un guarda ó por un gendarme, que aparentaba dar un paseo.

Cuando pintaba un arroyo, se admiraba viendo á un pescador que acudía á aquel mismo sitio, pero no sospechaba la verdad.

Se limitaba á dibujar las siluetas de aquellos personajes que le acompañaban en todas sus excursiones, como si aparecieran casualmente por los sitios en que él estaba.

Algunas veces entablaba conversación con ellos, y agravaba su situación sin sospecharlo.

—¡Hermoso país!—decía.

—Sí.

—¿Es rico?

«Te veo venir», decía para sus adentros el interlocutor, y contestaba con vaguedades.

—Es rico y no lo es, ¿entendéis? Eso depende de las cosechas. Las cosas andan mal.

—¿Se cosecha buen vino?

—No malo. Los años no se parecen.

—¿Mucho?

—Antes; pero hoy, las vides han enfermado.

—Pues tienen el aspecto soberbio.

—Ló parece, pero engañan. No se puede contar con la cosecha mientras no esté en las bodegas.

A veces eran ellos los que preguntaban á van Berg:

—¿Qué hacéis? ¿No os ocuparéis en trazar planos, supongo?

Pero van Berg, para vengarse de las respuestas ambiguas que á él le daban, decía:

—Sí, son planos...

—¿Llevaréis noticias del país?

—Así lo espero.

—¿No serán para el rey de Prusia?—insinuaba el campesino.

—Son para mí.

A medida que pasaba el tiempo, estas conversaciones eran más frecuentes.

El alcalde redoblaba su celo, y el guarda le llevaba noticias todas las mañanas.

Excusado es decir que en la rue Royale se sabía cuanto pasaba en Toury.

Al cabo de una semana, la eferescencia llegó al colmo en la población.

En la posada de *El Gallo Rojo*, en donde van Berg se conducía entonces como un *gentle-*

mant rico y lleno de atenciones para todo el mundo, se empezó á mirarle con desconfianza

El contagio de la desconfianza se apoderó del posadero, del cobrador de contribuciones y del preceptor. á pesar de su clara inteligencia.

El jefe de la gendarmería fué á adquirir noticias acerca del extranjero misterioso, de tipo germánico, que empleaba el tiempo en tan singulares y extrañas tareas.

Cuando leyó en la tarjeta «van Berg, ingeniero», no le quedó duda acerca de la misión del extranjero.

Las cosas se agravaban.

El belga continuaba pasando los días en el campo, favorecido por el magnífico tiempo que hacía, volviendo tan sólo á las horas de comer y encerrándose luego en su habitación para escribir las cartas á su hermosa, que él mismo llevaba al correo.

—Son noticias para su gobierno—murmuraba el jefe de los gendarmes, de acuerdo con las autoridades reunidas.

He aquí el contenido del último de aquellos escritos, que tan vivamente picaban la curiosidad del magistrado local, que hubiera dado cualquier cosa por leerlo:

«Mi querida Isabel:

»He explorado todo el país hasta sus más ocultos rincones, y hace ocho días que muero de amor por vos, en medio de esta población salvaje. Empiezo á perder la paciencia. Si no venís, tomo el tren de París y corro á arrojar-me á vuestros pies. ¡Escuchadme, os lo suplico; cumplid vuestra promesa! Os llamo con todo el deseo de una pasión desesperada. Tardáis mucho; pero, según la expresión del poeta, cuando estéis aquí, conmovida por mi obediencia, me haréis justicia, querida mía, y me recompensaréis el tiempo, el amor y la dicha perdidos.

»J. VAN BERG.»

XII

Tenía razón Isabel Robert para echar de menos su hotel de la rue Blanche. Aquel hotel, que formaba parte de su dote, era uno de esos nidos encantadores que solo se construyen y se saben amueblar en París. Quizá no entraba más que como un accesorio en la cuantiosa dote de la joven; pero así y todo, era para ella una verdadera joya, cuya pérdida debía lamentar, juntamente con otra parte de su dote, que le costaba la separación, confesémoslo, aun á riesgo de que se forme una idea muy triste de la humanidad en general, y del señor Robert en particular, cuyos asuntos trastornaba aquella separación.

Isabel y su dote formaban uno de esos conjuntos armónicos, completos, irresistibles, que atraen á los pretendientes.

Cuando el ingeniero y la joven se vieron por primera vez en el *foyer* de la Opera, sabían de